

Con
CRISTO
O Sin **ÉL**

Martyn Lloyd-Jones



“Y comenzaron a rogarle que se fuera de sus contornos. Al entrar él en la barca, el que había estado endemoniado le rogaba que le dejase estar con él.” –Marcos 5:17–18

Llamo tu atención sobre estos dos versículos esta noche porque me parece que resumen a todo el género humano e indican las dos únicas categorías o grupos en que se puede dividir. En última instancia, todos pertenecemos a uno de estos grupos. O bien deseamos librarnos de Cristo o bien estar con él y entregarnos por completo a él. En realidad no hay otra posibilidad. Estamos a favor o en contra. Pero tan engañosa es la naturaleza humana que siempre estamos intentando eludir esa división fundamental, siempre intentando persuadirnos a nosotros mismos de que hay otras innumerables categorías cercanas. Tenemos la sensación de que de que esta clara división que se nos revela aquí entre la actitud de los gadarenos en general y la de

este hombre en particular es un extremo y que, por tanto, no se ajusta al caso medio. Leemos que estas personas «comenzaron a rogarle que se fuera de sus contornos» y tendemos a ampararnos en la intensidad de estos términos. Casi nos sugieren violencia y creemos que, cualquiera que haya sido nuestra actitud, en el peor de los casos nunca hemos llegado a «rogar» a Cristo que se aparte de nosotros. Y sin embargo, toda la enseñanza del evangelio es que en última instancia estamos en uno u otro de estos dos grupos. Lo que importa al final no son los medios o métodos que adoptemos, ni si somos violentos o no, sino el estado de nuestros corazones. La resistencia pasiva es resistencia tanto como la activa. Una negativa a honrar es claramente deshonorar. Hay quien ataca con vehemencia y vituperio, pero quien meramente tuerce el gesto y mira con desdén es a menudo un enemigo mucho más peligroso. Lo que importa no es tanto la forma o el modo de expresarlo en particular, sino el estado del corazón, la motivación. Y mis postura es que en última instancia solo hay dos motivaciones, dos actitudes hacia Cristo y la salvación. O bien le rogamus que se marche o bien le rogamus que nos permita ir con él.

En la actualidad se produce toda esta confusión tanto en el interior como fuera de la Iglesia debido a que no lo reconocemos. Insistimos en juzgarnos a nosotros y unos a otros según cualquier otro patrón: los pecados, las buenas obras, etc., etc. Estas son nuestras categorías. Hablamos de personas respetables o no respetables, o hablamos de ellas en términos de ciertos pecados en particular y de la forma concreta de cometerlos, confundiendo con ello la cuestión y formándonos un juicio superficial. Esa ha sido siempre la tendencia del ser humano, ese ha sido siempre el mayor enemigo con el que ha tenido que luchar el evangelio. Toda la esencia de la enseñanza del evangelio es que, al final, nada importa salvo nuestra actitud hacia Cristo y la salvación que él nos trae de Dios. Por eso es realmente el evangelio de la gracia de Dios. Por eso todos los que verdaderamente creen en él deben estar tan agradecidos para toda la eternidad. Lo que me salva es que ahora soy juzgado por ese patrón. Si fuera juzgado por mi propio patrón de moralidad o conducta, sería condenado a la fuerza, porque soy incapaz de satisfacer mis propias exigencias. Si tuviera que ser juzgado por el patrón de la ley moral judía estaría condenado sin esperanza y sin posibilidad alguna.

Si tuviera que ser juzgado por la vida de los santos, mis posibilidades de salvación serían prácticamente nulas. Si tuviera que ser juzgado por la vida perfecta que reveló y vivió Jesucristo de Nazaret, estoy completamente perdido. Pero, por la gracia eterna de Dios ese ya no es el patrón. La pregunta ahora es: ¿Qué hago con él? ¿Cuál es mi disposición hacia él? ¿Cuál es mi actitud hacia su salvación? Por la gracia de Dios no se me pregunta simplemente: «¿Eres perfecto?» y se me condena al punto a causa de mi perfección. En Cristo, la nueva pregunta es: «¿Te gustaría ser perfecto?». «¿Anhelas ser bueno, puro y noble?».

Ahí es donde muchas personas buenas se desvían y por eso llamo tu atención esta noche sobre este famoso incidente. Muestra la nueva prueba o diferenciación que introduce el evangelio. El hombre del que se habían expulsado los demonios no se volvió absolutamente perfecto de inmediato. De hecho, se nos dice que Cristo tuvo que corregirle en un sentido para mostrarle lo que era correcto. ¡Oh, no!, no era perfecto. No era esto lo que le diferenciaba de sus compañeros. ¿Qué era, pues? Solo esto: ¡que deseaba estar con Cristo, mientras que ellos deseaban deshacerse de él! En ningún lugar del Nuevo Testamento se retrata a un cristiano como alguien absolutamente perfecto y libre de pecado: esa es una falsa acusación que el mundo nos hace. El cristiano es alguien que anhela, que desea ser perfecto y libre de pecado y que se esfuerza por serlo, a menudo fallando una y otra vez, a veces desanimado y casi rendido, pero aún esperanzado, aún luchando, aún prosiguiendo a la meta. Como digo, por la gracia de Dios somos juzgados no tanto por lo que somos, sino por lo que esperamos ser: ¡lo que nos gustaría ser! Todo es cuestión de la motivación, de la disposición fundamental. Y a ese nivel, como ya hemos dicho en varias ocasiones, no hay sino dos posturas posibles. Y debemos insistir en dejar esto perfectamente claro y definido. La respetabilidad no supone aquí diferencia alguna, la cultura o su carencia no influyen en este punto, los pecados públicos o escondidos son idénticos a este nivel, la indiferencia o la hostilidad activa parecen aquí hermanas gemelas. La pregunta es: ¿Cuál es tu ambición? ¿Es ser santo tu propósito? ¿Anhelas conocer a Dios y reconciliarte con él? No importa cualquier otra cosa que hagas o no. Lo único que importa es esto: ¿Qué sientes hacia Cristo? ¿Quieres deshacerte de él? ¿O deseas

estar con él? Porque, tan cierto como que estamos en esta iglesia en este momento, es una cosa u otra. ¿Cuál es tu caso? ¡Sé honrado! ¡Examínate a ti mismo! Asegúrate esta noche con la ayuda del Espíritu Santo que está aquí para ayudarnos. Tu destino eterno depende de ello.

¿Puedo ayudarte mostrándote algunas de las formas en que los hombres muestran con claridad que su verdadero deseo es que Cristo se vaya, poder deshacerse de él? Que está con nosotros esta noche en este edificio y en todas las ocasiones lo demuestran ampliamente sus promesas durante su vida y ministerio en la tierra. Más que eso, ¡con qué frecuencia se han verificado en la subsiguiente historia de la Iglesia cristiana! No es preciso que me detenga aquí, todos somos muy conscientes de ello. También debemos reconocer su presencia durante la enfermedad, las aflicciones y pruebas. Nadie puede protestar ni por un solo momento porque no haya tenido oportunidad de aceptarle o rechazarle. Ya no le vemos con los ojos de la carne como hicieran aquellas personas hace tiempo, pero aunque «no esté a la vista está siempre próximo». Nos hace sus propuestas uno a uno. La invitación es para «el que quiera». ¡Oh!, sí, todos hemos sentido y conocido su presencia. ¿Qué hemos hecho con él? Me temo que muchos han hecho todo lo posible para librarse de él como estas personas aquí que le rogaron que se fuera. ¿Cómo lo han hecho? Aquí tenemos algunas de las formas.

Pueden haberse contenido deliberadamente y haber apagado el Espíritu en la iglesia. Un domingo, sentados en la iglesia y escuchando el sermón, o quizá en algún momento del culto, se sintieron conmovidos y perturbados. Algo les estaba guiando e iba dirigido a ellos. Sintieron «una presencia» y supieron que Dios les estaba tratando. Comprendieron que se estaban ablandando y enterneciendo hasta el punto de perder el control y entregarse. Ya sentían cierta liberación y gozo; pero, temiendo protagonizar un escena o que se rieran de ellos, se resistieron deliberadamente e intentaron quitarse de encima aquella influencia. ¡Y lo lograron! ¿El qué? ¡Alejar a Cristo!

O quizá no llegaron a experimentar algo semejante, pero experimentaron buena parte de ello y sabían que Dios había estado obrando en ellos. Y sin embargo, en lugar de anhelar y aguardar al próximo domingo y apresurarse a ir a la casa del Señor, se apartaron deliberadamente y se quedaron en casa. «¡Ay —dicen—, si vuelvo allí de nuevo, ciertamente me convertiré!». Y no van. ¿Por qué? Porque no quieren convertirse. En otras palabras, hacen todo lo posible para librarse de Cristo.

Otra forma es no hacer caso de la voz de la conciencia y proseguir deliberadamente con esas cosas contra las que nos advierte la voz de Dios en nuestro interior. Estas pueden ser una forma de placer o de entretenimiento, o un libro cuyo objetivo deliberado es ridiculizar la Biblia y minar su influencia. O se puede conseguir siguiendo en compañía de ciertas personas que sabemos perniciosas en su influencia sobre nosotros. De cualquier forma que desobedezcamos la voz de nuestra conciencia, simplemente estamos intentando librarnos de Cristo.

Otra de las formas predilectas es ocuparnos en otras cosas y así no tener tiempo para pensar o reflexionar. Tratamos de excluir a Cristo de nuestras vidas por medio de otras cosas: el trabajo, los negocios, la familia, los amigos, lo que sea excepto Cristo. Pero no me hace falta desarrollarlo. Por desgracia, a todos nos resultan familiares estas cosas. Los pobres gadarenos lo hicieron con Cristo en los tiempos de su humillación; nosotros lo hacemos con Cristo en su estado de exaltación. Ellos rogaron a Jesús de Nazaret que se apartara de ellos; ¡nosotros dejamos fuera de nuestras vidas al Señor de gloria! ¿Qué puede explicar semejante locura? Al considerar lo que lo explicaba en su caso descubriremos las causas del nuestro. Después, habiendo tratado eso, pasaremos a la ocupación más alegre y placentera de mostrar qué fue exactamente lo que hizo que el endemoniado que había sido sanado estuviera tan deseoso de ir con Cristo.

¿Cuál era el problema de estos gadarenos?

Lo primero que se nos muestra muy claramente en todos los relatos de este incidente es que se llenaron de un espíritu de temor. Parece que este milagro les alarmó y

aterrorizó en mayor o menor medida. Y fue como resultado de este temor y terror que rogaron a Cristo que se alejara de ellos. ¿Cuáles son las causas de este temor? ¿Cuáles son los elementos que unidos producen esta angustia en presencia de Cristo? Consideremos algunos de ellos.

No cabe duda que el milagro en sí y los extraordinarios resultados que produjo suscitaron en parte este temor. No debemos ser demasiado severos con estos gadarenos. Hay algo imponente en la propia naturaleza de los acontecimientos milagrosos. Al final del capítulo anterior leemos el relato de nuestro Señor llevando a cabo aquel milagro en el mar y calmando la tormenta. Y se nos dice que los discípulos «temieron con gran temor». De hecho, esta era su reacción más habitual y frecuente ante cada exhibición de poder milagroso por parte de nuestro Señor. Lo vemos de nuevo en el monte de la transfiguración. Los discípulos «tuvieron gran temor». A menor escala, todos lo hemos advertido en ciertas ocasiones. ¿No hay algo imponente en el nacimiento y especialmente en la muerte? Aquí hay un misterio, una sensación de poder que no podemos sondear o entender. Y estos gadarenos lo sintieron con respecto a Cristo y el milagro que acababa de hacer. En un sentido, era el temor a lo eterno y todopoderoso: el temor al poder de Cristo. Es mayormente supersticioso y, sin embargo, contiene algo que pertenece esencialmente a la verdadera religión. Pero me he referido a ello esta noche porque sé que en ocasiones puede ser un factor muy importante para esta cuestión de la conversión. Un hombre está siendo tratado, se encuentra en el proceso en sí. Pero se contiene a causa de esta sensación de temor. No sabe exactamente lo que es. Pero existe una vaga sensación de temor a lo infinito y a lo desconocido. Y el diablo es bien consciente de ello y lo estimula e intenta persuadir a esta víctima inocente de que este poder es dañino, de que se está perdiendo a sí mismo y bien puede perder el control de su razón y sus sentidos. Aconseja, pues, al converso en potencia que se contenga y resista y que no se entregue él mismo de esta forma a otro poder. Y por puro terror y miedo, sin saber o entender muy bien lo que están haciendo, muchos se contienen. Es una experiencia nueva y no la entienden muy bien. ¿Qué digo a todo esto? Simplemente eso. ¡No escuches al diablo! El poder, aunque grande y eterno y por encima de nuestra

comprensión, es sin embargo el poder de Dios, la manifestación del amor eterno. ¡Un poder insondable! ¡Sí! Pero el poder que calma la tormenta y crea orden del caos. Es todopoderoso. Pero también es bueno. No dejes que el poder te atemorice. ¡Es poder de Dios!

Pero eso únicamente no explica el temor de estos gadarenos. Es indudable que lo que más les atemorizaba de todo era su propio sentimiento de culpa. ¡Y la presencia de Jesucristo siempre lo produce! ¿Recuerdas cómo se sintió Pedro cuando conoció al Señor? ¿Cuáles fueron sus palabras? «Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador» (Lucas 5:8). En el caso de Pedro era un sentimiento noble de indignidad además de un sentimiento de culpa, pero en cualquier caso el punto principal es el mismo. La belleza siempre expone la fealdad; la perfección inmaculada desenmascara la impostura; no hay nada que muestre nuestra vacuidad y patetismo como las vidas de los santos y, por encima de todo, la vida de nuestro bendito Señor mismo. Estando en la presencia de esta Persona asombrosa que acababa de hacer una obra tan maravillosa, viendo y observando su humildad y su calma, su ademán sencillo y su callada confianza, percibiendo quizá algo sobrehumano en sus ojos, simplemente se sintieron viles y despreciables. Parecía estar abriendo los recovecos más profundos de sus corazones. Parecía leerles como un libro abierto. De la misma forma en que había echado los demonios de aquel hombre a la pira, así parecía ser capaz de penetrar en ellos y discernir sus pensamientos más profundos. ¿Cuál era el límite de su poder? Simplemente se sentían fulminados en su presencia. Si no se marchaba pronto podrían quedar desenmascarados ante los demás y todos sus pecados ser revelados. Y tenían miedo de eso. ¡Tenían miedo de sí mismos, miedo de su propia culpa y miedo del juicio que habría de venir! Era intolerable, de modo que rogaron e imploraron a Cristo que se fuera. Les convenció de su pecado y les hizo verse a sí mismos tal como eran en realidad.

Los hombres y las mujeres siguen intentando quitarse de encima a Cristo en la actualidad, a través de los distintos medios que hemos señalado, por esta misma razón. Al escuchar el sermón empiezan a ver que el evangelio es correcto y que ellos

están equivocados. Sus pecados son expuestos uno a uno. Se sienten avergonzados y horrorizados. Mientras están sentados y escuchan y oyen que solo puede haber un final para tal vida se sienten llenos de terror y horror. Saben que el evangelio es correcto y tienen un atisbo de su propio estado lamentable. No sorprende que estén llenos de temor y terror. En un sentido no sorprende tampoco que imiten a aquellos gadarenos e intenten librarse de Cristo. El estado de encontrarse convictos no solo es incómodo sino también alarmante, e inspira temor. Uno se siente miserable y despreciable. Y el impulso es siempre evitar lo que nos perturba. «Aléjate de la iglesia, deja de leer la Biblia y cantar himnos. Deja de hacer todo lo que tiende a recordarte tu pecaminosidad y la retribución que ha de venir». Eso es lo que nos susurra una voz en nuestro interior. ¡Aléjate de todo ello! Todos odiamos que se nos haga sentirnos miserables e infelices y, en un primer momento, ese es precisamente el efecto que produce la presencia de Cristo. Nos desenmascara y sondea en lo más profundo. ¡Sí!, la convicción es odiosa y alarmante y la naturaleza humana hace todo lo posible para escurrirse, evitarla y librarse de ella. ¡Pero, ay!, ¡qué error! ¡qué tragedia! ¡Ojalá solo comprendiéramos que Cristo lo está haciendo por nuestro bien! ¡Ojalá comprendiéramos que es la primera fase esencial para corregirnos! ¡Ojalá asimiláramos que es únicamente el prelude de la conversión: que aquel que nos hace sentir la culpa también puede extirparla tan solo con que le permitamos que así lo haga! ¡En lugar de huir o mantenernos alejados debido al dolor de la convicción de pecado, demos gracias a Dios por ella y pidámosle que complete la obra!

Debo señalar el otro elemento en este temor. Estoy seguro de que lo producía la conciencia de que aquel que tanto había hecho a ese endemoniado y también a la piara no solo tenía poder suficiente para hacer lo mismo con ellos, sino que probablemente insistiría en ello. Parecía capaz de hacer cualquier cosa que quisiera y nadie podía detenerle. Se ha señalado que la pérdida de la piara explicaba ese sentimiento. Puede que lo hiciera hasta cierto punto, pero había una pérdida aún mayor. Cambiaría todas sus vidas. Las gobernaría y dominaría. Eso supondría el fin de todo lo que disfrutaban. Todos sus pecados tendrían que desaparecer. Sería el fin de todos sus «buenos momentos», perderían su «libertad»: ¡simplemente serían sus

esclavos! Era un último desesperado esfuerzo por la «libertad». ¿No hemos conocido todos ese sentimiento en algún momento u otro, ese temor, ese miedo? Nos vemos a nosotros mismos cambiados, teniendo que renunciar a ciertas cosas para siempre, con nuestras vidas revolucionadas por completo, separándonos de viejos amigos, renunciando a muchas cosas que nos gusta tener y aceptando muchas que nos disgustan. ¡Ay!, probablemente haya muchas personas aquí esta noche dispuestas a aceptar el evangelio en general pero que, cuando ven que significa e implica ciertas cosas, se contienen. ¡Una rendición absoluta a Cristo! Ahí está, casi lo están haciendo. ¿Pero decir «adiós» para siempre a ciertas cosas? ¡No! No pueden. ¡Sí!, seguir a Cristo puede significar pérdidas económicas, de bienestar, de amigos y de muchas otras cosas terrenales. Estas personas lo vieron y se alarmaron. ¡Pero solo vieron la mitad del evangelio!

Esa es la explicación de la locura de estos gadarenos. Estaban ciegos ante el hecho de que Cristo podía hacer por ellos lo que ya había hecho por el endemoniado. Solo vieron la primera parte de su obra, la primera mitad del evangelio. Y, antes de que nuestro Señor tuviera la oportunidad de mostrarles la otra mitad, ya le habían rogado que se marchara. Como muchos en la actualidad, habían comprendido que hay un poder en el evangelio, pero no habían entendido que era «poder de Dios para salvación». Esas son las razones que explican por qué estas personas rogaron a Cristo que se fuera y por qué muchos intentan quitarse a Cristo de encima en la actualidad.

Pero consideremos la otra imagen e intentemos descubrir qué fue exactamente lo que hizo que este hombre que había sido sanado estuviera tan deseoso de ir con nuestro Señor. ¿Qué explica el contraste? ¡Un contraste tan marcado! Hay algunas personas hoy en día que, creyéndose muy inteligentes, piensan que este deseo es siempre una señal de locura y manía religiosa. ¡Pero eso es obviamente erróneo, porque a este hombre se le acaba de volver a la cordura! Mientras estaba loco, Cristo le desagradaba e intentó librarse de él; solamente después del milagro desea estar con nuestro Señor. ¡Ah!, es siempre la locura la que rechaza a Cristo. ¿Por qué este hombre «ruega» que se le permita acompañar a Cristo? ¿Por qué está dispuesto a

dejarlo todo y a todos y a seguirle? ¿Y por qué es siempre esa la prueba e indicación más auténtica de una obra sólida de la gracia en el corazón humano? Las razones son obvias y evidentes por sí mismas, pero tan gloriosas que no puedo privarme del placer de declararlas una vez más.

Lo primero era, obviamente, su sentimiento de gratitud hacia Cristo y su deseo e impulso de mostrarlo. ¡Qué podía haber sido más natural! Leamos nuevamente la descripción que se nos hace de la vida de este hombre antes de que conociera a Cristo. Un endemoniado salvaje y peligroso; que vivía entre las tumbas desgarrándose y mutilándose a sí mismo; sin hallar paz ni descanso; olvidado, temido y odiado por todos y ciertamente atemorizado de sí mismo. ¡Su desdicha debió ser grande y terrible! Se habían hecho toda clase de esfuerzos para controlarle y curarle (cf. los versículos 3–4). Grilletes y cadenas, los esfuerzos de su familia y amigos, todo se había probado en múltiples ocasiones y había resultado inútil. El propio hombre no podía hallar la paz, ni tampoco todos los que le rodeaban. Pero llega Jesús de Nazaret y, en tan solo unos minutos, lo que todos los demás habían sido incapaces de hacer, él lo consiguió y el hombre se encontró «sentado, vestido y en su juicio cabal». ¿Hace falta que haga algún comentario? Lo que ningún otro, ni siquiera sus más queridos y allegados, había conseguido hacer por él, lo hace Cristo. ¡Oh!, ¡qué bendita liberación! ¡Oh!, ¡qué felicidad y qué gozo! «¿Qué pagaré a Jehová?». «¿Qué puedo hacer?». Nada es suficiente para semejante benefactor. Lo merece todo, se merece que nos entreguemos a él: Escucha a aquel otro loco que había partido hacia Damasco «respirando aún amenazas y muerte», clamando con un corazón desbordante de agradecimiento y alabanza tras haber visto a Cristo un solo momento: «Señor, ¿qué quieres que yo haga»? Le había insultado y odiado anteriormente, pero una vez que Pablo le vio y comprendió quién era y lo que había hecho por él y por todo el mundo llegó a clamar: «Oh Señor, ¿qué puedo hacer por ti? Hazme tu esclavo. No importa lo humilde que sea la tarea mientras esté cerca de ti». Y así ha sido siempre. Nadie ha comprendido nunca verdaderamente lo que Cristo ha hecho sin amarle, adorarle y sentirse deseoso de estar siempre con él. ¿Qué puedo sentir sino gratitud y amor hacia él y su evangelio? Él ha comprado mi libertad, ha quitado la carga de mi pasado

pecaminoso de mi espalda, despojándome del terrible sentimiento de culpa, quitándome para siempre el miedo a la muerte y a la tumba y asegurándome mi aceptación ante Dios. ¿Puedo rechazar oír más de él? ¿Puedo cansarme de semejante persona? ¿Puede haber algo tan maravilloso y glorioso como sentir su presencia cercana? ¿Deseoso de librarme de él? Vamos, mi única pena y preocupación es que mi falta de fe le mantenga apartado. ¿Le temo, le odio e intento librarme de él? ¡No!

*“Odio los pecados que te afligieron
y te apartaron de mi seno.”*

Y ahora oro:

“Concédeme más de ti cada momento.”

¿Has sentido eso alguna vez? Permítaseme recordártelo esta noche: él murió por ti, se dio a sí mismo por ti y, si crees en él, hará por ti todo lo que ha hecho por todos los santos. Lo que el conocimiento y la cultura, el trabajo y el placer, la familia y los amigos jamás pueden hacer, Cristo lo hará esta noche si se lo permites. ¡Entrégate a él! ¡Permítele que lo haga! Entonces comprenderás el deseo de este hombre de estar con él.

Pero eso no fue todo. El hombre deseaba que ese bendito estado continuara y persistiera. ¡Era tan maravilloso! ¡Era tan glorioso! Y precisamente en ese punto se produjo un cierto temor. Allí estaba aquel maravilloso Jesús, que acababa de efectuar aquel milagro y traído gran felicidad a su vida, a punto de partir. Solo Cristo había sido capaz de curarle y vencer a los demonios. Él por su cuenta había fracasado como todos los demás: solamente Cristo lo había logrado. ¡Y ahora se marchaba! «Ay —clamó el hombre a Cristo—, deja que vaya contigo. Temo confiar en mí y en mis propias fuerzas. Temo también que esos demonios vuelvan y me esclavicen otra vez. No puedo confiar en mí y les temo. Sé que estoy bien ahora. ¿Pero qué pasará mañana? ¡Oh!, ¡deja que vaya contigo!». Todo cristiano sabe exactamente lo que eso significa. Un hombre no es cristiano hasta que comprende su debilidad y la fortaleza del

enemigo. El cristiano no se apoya en sí mismo y en su propia fortaleza. Es el conocimiento de su propia debilidad lo que le lleva constantemente a Cristo, así como su conocimiento de la fortaleza del enemigo. Por eso estoy aquí domingo tras domingo invitándote a venir a Cristo y a entregarte a él. La lucha con el diablo es desigual. Hombres más grandes que nosotros ya han sido vencidos. Somos derrotados cada día, cada hora. ¿Qué esperanza tienes de vencer contra «principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes»? (Efesios 6:12). Es imposible. Comprende que estás derrotado. Confiesa tus fracasos. Reconoce tu pecado. Sí, el poder del enemigo y tu propia debilidad son siempre buenas razones para estar con Cristo.

Pero no debo terminar con un comentario negativo. El hombre quería estar con Cristo no solo porque conociera su propia debilidad y el poder del enemigo, sino porque comprendía que el poder de Cristo que le había liberado podía mantenerle libre. ¿Qué pasaba si los demonios volvían? Con Cristo estaba a salvo. Cristo ya los había dominado y vencido. ¡No importaba lo que sucediera, con Cristo estaba siempre a salvo, porque no solo es poderoso para salvar, sino también para guardar, y hasta el fin! ¡Sí!, este hombre quería ir con Cristo a fin de poder continuar libre y a salvo.

Pero cometió un error. Pensaba que la presencia física de Cristo era esencial. Nuestro Señor, al enviarle de vuelta a su casa para que siguiese solo, demostró que no lo era. ¿Un nuevo converso enviado derecho a casa y solo? ¡Sí, estaba a salvo! Fue Cristo quien le envió. ¡Y cuando Cristo así envía, acompaña! Eso era cierto en los tiempos de su encarnación y lo es aún más ahora y desde que envió a su Espíritu Santo. ¡Confía en él! ¡Obedécele! Haz todo lo que te dice. Y estará contigo: «¡Nunca te dejará ni te abandonará!».

Serás tentado y probado, en ocasiones hasta terriblemente; pero como todos los santos podrás decir:

*“La tentación pierde su poder
Cuando estás cerca de mí.”*

Puede que caigas, pero nunca «[quedarás] postrado» (Salmo 37:24). Habrá pruebas y tribulaciones, pero te hará pasar por todas «más que vencedor». Cree en él esta noche y entrégate a su salvaguarda. Por amor de su nombre. Amén.

EVANGELIO
VERDADERO
Gálatas 1.9